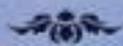


JOSÉ VICENTE ALFARO

LA
ESPERANZA
DEL
TÍBET



Novela histórica



El Tibet, siglo XIII. El llamado «País de las Nieves» ha recogido el testigo del legado budista dejado por la India. Los monasterios se multiplican y los lamas ensalzan la meditación y predicán una filosofía pacifista que condena la destrucción de la vida. En semejante contexto, el Imperio mongol comandado por Gengis Kan, el más grande y sanguinario conocido hasta la fecha, alcanza sus fronteras y tras un periodo de tregua se lanza a saquear aldeas, monasterios y todo cuanto se va encontrando a su paso... La esperanza del Tibet conjuga con maestría realidad y ficción para narrar un momento clave en la historia del país en el que se hallaban en juego tanto el futuro del budismo como la identidad de los propios tibetanos, y en el que los líderes espirituales de la época tan solo podían hacer frente al invasor mediante las palabras y a través de la magia de sus creencias.

Introducción

Según la tradición tibetana, durante el siglo VII el rey Songtsen Gampo aunó los diferentes clanes salvajes y los feudos más remotos del Himalaya, haciendo al fin del Tibet una nación unificada y tremendamente fuerte. Pero el mítico rey no solo trajo la paz y la creación de un idioma escrito propio, sino que además, y muy especialmente, introdujo por vez primera en la región el budismo procedente de la India.

Los sucesores de Songtsen Gampo continuaron su legado, y en los siglos subsiguientes se construyeron multitud de monasterios que favorecieron la difusión del camino del *dharma* a lo largo y ancho del llamado País de las Nieves, proceso que culminaría con la traducción del sánscrito al tibetano de la totalidad de los textos canónicos budistas. El culto alcanzó tal popularidad, que incluso las instituciones monásticas comenzaron a ganar poder en detrimento de las familias nobles que gobernaban.

La particular orografía del Tibet, rodeado por inmensas cadenas montañosas, desiertos y pantanos de difícil acceso, lo protegía de forma natural contra las invasiones extranjeras hasta que, a principios del siglo XIII, el ejército del poderoso conquistador Gengis Kan se plantara ante sus fronteras.

En aquellas fechas, la superioridad territorial del imperio mongol lo convertía en el más extenso conocido por la historia de la humanidad, abarcando desde Polonia hasta el

mar del Japón, y desde los bosques de Siberia hasta el golfo Pérsico. En el año 1207 el Tibet es conquistado sin derramar una sola gota de sangre, merced a un pacto según el cual los tibetanos debían pagar un tributo a los mongoles.

Sin embargo, tras la muerte de Gengis Kan en el año 1227, los gobernantes dejaron de satisfacer el tributo y, como consecuencia de ello, el príncipe Godan, nieto del Gran Kan, invadió el Tibet en 1240, destruyendo y saqueando cuantos monasterios, pueblos y aldeas fue encontrando a su paso...

Para ti, lector. Gracias por compartir esta aventura
conmigo.

Capítulo 1

Equinoccio



«Como una madre arriesgando su vida vigila y protege a su único hijo, así, como un espíritu sin límites, hemos de amar a toda cosa viviente, amar al mundo entero, encima, abajo, alrededor, sin límites, con una bondad benevolente e infinita».

Suttanipata, 143-152

Al Karmapa se le apagaba la vida. Le había llegado la hora y él mismo, más que ninguna otra persona, era perfectamente consciente de ello.

Un puñado de velas arañaba algo de luz a la penumbra que bañaba la estancia, dejando entrever un hermoso fresco pintado en la pared dedicado a Avalokiteshvara, la divinidad budista más popular entre los tibetanos. El incienso quemado como símbolo de purificación arrojaba un aroma intenso y penetrante, e impregnaba hasta el último rincón de los amplios aposentos. El Karmapa yacía en su lecho de algodón, casi agonizante, con un *mala* en las manos y un mantra en la boca. El *mala* —el rosario budista— lo tenía

enrollado en la muñeca y, al tiempo que pasaba las cuentas, recitaba el incansable mantra de su propia creación, el célebre «Om mani padme hum», sin apenas mover los labios.

El anciano líder budista aguardaba el momento de su expiración con una serena expresión en el rostro. Los ojos hundidos y las mejillas desvaídas se revelaban como los únicos signos de agotamiento de su cuerpo terrenal. El Karmapa había servido bien a su pueblo. La primera parte de su vida la había pasado recluido entre los muros del monasterio, formándose en las prácticas rituales y los oficios religiosos, aprendiendo los textos sagrados y meditando sin cesar. Pero la segunda la empleó en predicar las enseñanzas de Buda por todo el Tíbet y fuera de este de manera indistinta, tanto a los nobles y gobernantes como a los pobres y los desheredados de la tierra. La muerte de aquel viejo lama no sería una más. La figura del Karmapa, como cabeza de la escuela Kagyu, una de las más importantes del budismo tibetano, era venerada por cientos de miles de seguidores a causa de su incontestable liderazgo espiritual.

Junto al Karmapa, acompañándole en el instante final, se encontraban dos lamas, ambos con el cráneo rapado y la tradicional túnica budista de color azafrán.

Uno de ellos, Tsultrim Trungpa, contemplaba el horizonte a través de la ventana, a cuyos pies se extendía el monasterio de Tsurpu. Este se hallaba enclavado en mitad de un estrecho valle a más de cuatro mil quinientos metros de altitud, junto a la población de Gurum y a unos sesenta kilómetros de Lhasa, circundado por altas cumbres nevadas de apariencia casi sobrenatural. El *gompa* de Tsurpu era la sede del Karmapa. Esta auténtica ciudad monástica era un complejo formado por templos, escuelas y residencias, donde convivían cerca de un millar de monjes tibetanos. Tsultrim aguzó la vista tanto como pudo. Aquella mañana el *gompa* se hallaba sepultado bajo una densa bruma blanca,

augurio indiscutible de la inminente muerte del jefe espiritual del linaje Kagyu.

Tsultrim Trungpa era el abad del monasterio de Tsurpu. De constitución gruesa y ojos saltones como los de un gigantesco sapo, mostraba siempre un semblante preocupado y nervioso, consecuencia directa de la carga que le suponía administrar un *gompa* como aquel, la cual únicamente lograba aligerar cuando meditaba o se recogía en la oración. Los pensamientos del abad giraban en torno a la delicada situación política de la región. Los ataques de los mongoles hacía tiempo que habían cesado, pero las noticias que llegaban de más allá de las fronteras contaban que dos nietos de Gengis Kan, Kublai y su hermano Ariq Boke, habían iniciado una guerra de sucesión para hacerse con el título de Gran Kan, y los efectos que para el Tibet pudiera tener la victoria de cualquiera de los dos resultaban impredecibles.

El Karmapa interrumpió su interminable mantra para toser, y Tsultrim regresó de nuevo junto a su lecho. Allí se encontraba Kyentse Rinpoche, que no se había separado ni un solo instante del anciano desde que este anunciase su propia muerte varios días atrás, coincidiendo con el equinoccio de otoño. Kyentse era el principal discípulo del Karmapa; le había seguido durante los últimos quince años en todos sus viajes, empapándose de su sabiduría y absorbiendo sus enseñanzas. Con el tiempo, además de su discípulo más fiel, Kyentse se había convertido en su secretario y asistente personal, y en aquellos duros momentos una infinidad de recuerdos le rondaban por la cabeza. Kyentse se había ganado el título honorífico de Rinpoche por su reconocimiento como lama de gran estima y por su alto grado de realización. De facciones angulosas y cejas pobladas y muy juntas, el laureado monje gozaba realmente de una gran inteligencia y una inagotable reserva de energías. Kyentse Rinpoche se inclinó sobre su maestro y le preguntó si deseaba un sorbo de agua que le aclarase la garganta,

pero el Karmapa negó con la cabeza y reanudó sus oraciones.

Tsultrim posó la mano en el hombro de Kyentse y después, tomándole del brazo, le condujo hasta la ventana. Tan solo pretendía separarle unos minutos del lecho del Karmapa y que despejase un poco la mente.

—Deberías descansar —dijo el abad—. Apenas has dormido unas horas en los últimos días.

—Ya habrá tiempo —replicó Kyentse con una débil sonrisa—. Cuando el Karmapa se haya marchado del todo.

La bruma se dispersó y permitió divisar los patios del *gompa* casi vacíos. Los monjes se hallaban congregados en los templos efectuando *pujas* de honra y adoración entre cánticos y reverencias.

En ese momento el Karmapa elevó un brazo con las escasas fuerzas que le restaban y captó la atención de ambos lamas. Kyentse y Tsultrim acudieron de inmediato y se situaron uno a cada lado del camastro. La mirada del Karmapa se había tornado vidriosa, respiraba con dificultad y su espíritu pugnaba ya por abandonar definitivamente su cuerpo. Entonces aspiró una bocanada de aire con la intención de pronunciar sus últimas palabras. Kyentse aproximó su cara a la del maestro.

Finalmente, con la voz desgarrada y casi extinta, el Karmapa manifestó:

—Yo soy el que busca refugio en el refugio.

A continuación reanudó el mantra que se había transformado en apenas un sonido gutural prácticamente imperceptible —«Om mani padme hum»— y se sujetó el *ghau* que le caía sobre el pecho. El *ghau*, un colgante de plata con incrustaciones de pedrería, contenía una diminuta caja de oraciones que solía albergar el mantra predilecto de su poseedor. El Karmapa entonces aflojó la presión con que sostenía el *mala* en una mano y el *ghau* en la otra, y se le fue apagando la voz en la misma medida que lo hacía el brillo de su mirada. Instantes después, tras cerrar los ojos

como si los párpados le pesaran una tonelada, el líder Kagyu exhalaba su último aliento.

Días más tarde se celebró el funeral con todo el boato y la pompa que la figura del Karmapa merecían. A orillas del monasterio se erigió una *estupa* en cuyo interior se guardaron las cenizas del difunto junto a otras reliquias y objetos consagrados. El tradicional monumento, considerado como el soporte simbólico del espíritu de los budas, sería circunvalado en el futuro por monjes y laicos, siempre en el sentido de las agujas del reloj, siguiendo el camino del sol, para impregnarse de su bendición y acumular mérito en el camino del *dharma*.

Tras el funeral se abría el particular sistema de sucesión para garantizar la continuidad del linaje, según el cual se hacía preciso que los discípulos más próximos al Karmapa identificasen a su nueva reencarnación. Para la gran mayoría de los tibetanos el renacimiento era una certeza que afectaba a todos por igual y que no admitía discusión. Sin embargo, la reencarnación era un fenómeno diferente y mucho más singular, exclusivo de los grandes *bodhisattvas*, los cuales, debido a su elevado grado de desarrollo espiritual, podían elegir de forma consciente las circunstancias de su futura encarnación.

Todo ello significaba que algunos años después habría de aparecer un niño de características especiales, el Karmapa reencarnado, conocido por el nombre de *tulku*, que ocuparía el cargo vacante. De hecho, un comité de monjes sabios habría de ser designado para que, mediante el uso de su clarividencia, intuición, visiones y sueños, buscara señales concretas que les llevasen a localizar el lugar de nacimiento del *tulku*. Hasta entonces, los aposentos y pertenencias del Karmapa se preservarían intactos y en perfecto estado de conservación.

Kyentse Rinpoche y Tsultrim Trungpa mantuvieron una charla, en sus primeros compases amena y trivial, rememorando la compasión y la grandeza de espíritu del difunto

Karmapa, muy querido por ambos, y en segundas tornas más grave y juiciosa, reconociendo la contrariedad que suponía para el Tibet en particular y para el mundo budista en general, la ausencia de la cabeza visible de la escuela Kagyu. El conflicto con el imperio mongol requería de la concurrencia de todas las autoridades tibetanas, tanto políticas como religiosas, para procurar el mejor destino posible para su pueblo.

También conversaron acerca de las últimas palabras que pronunciara el Karmapa poco antes de morir. Ninguno atinaba a desentrañar su críptico significado. La expresión «tomar refugio» equivalía, en términos generales, a una suerte de bautizo, y hacía alusión al acto de convertirse al budismo. Pero la frase del Karmapa era tan breve como redundante, y resultaba igual de incomprensible para los dos.

—Cuanto antes encontremos al *tulku*, tanto mejor —declaró Kyentse.

—Confiemos —replicó Tsultrim—. Hasta ahora los presagios han sido favorables.

* * *

Seis años habían pasado desde la muerte del Karmapa, y en la vecina región de Kham, ubicada en el sudeste del Tibet, una sencilla familia de campesinos escapaba del horror de los invasores. Pese a que oficialmente los saqueos mongoles habían cesado largo tiempo atrás, lo cierto era que algunos destacamentos destinados en las zonas más remotas del país, amparándose en la impunidad de que gozaban por su situación de aislamiento, hacían oídos sordos de cuando en cuando a las órdenes de los mandos superiores que se hallaban a miles de kilómetros de distancia y asaltaban, por pura diversión, las aldeas más apartadas y desprotegidas de su territorio.

La familia Norgay huyó con lo puesto dejando atrás toda una vida de durísimo trabajo. Urgidos por la situación,

se vieron obligados a abandonar, en un abrir y cerrar de ojos, su hogar, su pedazo de tierra cultivable y los pocos animales que poseían. Las escasas pertenencias que lograron salvar las arrojaron en un carromato tirado por un yak y, sin echar la vista atrás, escaparon del lugar como alma que lleva el diablo.

Jampo Norgay, el cabeza de familia, había decidido poner rumbo a Batang, ciudad que los mongoles no atacarían y donde esperaba tener una oportunidad para volver a empezar de cero. Pero el largo viaje les estaba exigiendo un formidable esfuerzo: llevaban todo el día atravesando simas y desfiladeros por senderos pedregosos, mucho más peligrosos a causa de las copiosas nevadas que había traído la reciente irrupción del invierno.

Cruzaban las estrechas y sinuosas sendas de un puerto de montaña que rodeaba la cordillera. A sus espaldas habían dejado paisajes de ensueño, fácilmente visibles desde su privilegiada posición en las alturas. Las inmensas estepas se alternaban con cañones de rocas rojizas y lagos salados en cuyas aguas se reflejaba el azul prístino de un cielo despojado de nubes. Las corrientes de los caudalosos ríos discurrían de forma embravecida y bañaban las orillas donde los bancales se nutrían para engendrar el cereal. En el Tibet cohabitaban, bajo un mismo y despiadado sol, la aridez de los campos sembrados de piedras con el infinito caudal de tierras ricas en pastos.

La familia Norgay respondía a los tradicionales rasgos tibetanos: caras anchas, ojos rasgados y pómulos altos. Jampo, curtido en las desagradecidas tareas del laboreo, era robusto y vigoroso. Hombre de pocas palabras y parco en muestras de afecto, se desvivía en cambio por que en su hogar no faltase el sustento diario, aunque para ello tuviese que molerse el espinazo como una mula y robarle horas al sueño antes del amanecer.

Jampo caminaba junto al yak, palmeándole la joroba que le nacía sobre los hombros. Desde luego, sin la bestia,

el único animal que habían podido salvar en su precipitada huida, les hubiera sido imposible acometer semejante travesía. Aquel yak macho le ayudaba con el arado y ahora le servía para tirar del carromato que transportaba a su familia. Poseía un pelaje generoso y tupido de color marrón que le protegía del frío, y cuernos largos y pezuñas grandes adaptadas a los terrenos montañosos. La bestia domesticada no se había quejado ni una sola vez, a pesar de que no habían efectuado ni una parada durante todo el recorrido.

—Malditos sean los mongoles —imprecó Jampo por lo bajo.

Acomodados en el carromato, junto a los bártulos, iban la mujer de Jampo y sus dos hijos pequeños. Dolma era delgada como un palo pero sorprendentemente fuerte, por cuanto se empleaba en las faenas del campo con la misma entrega y disciplina que su hacendoso marido. Con todo, Dolma no renunciaba a la coquetería, y rara era la ocasión en que no lucía algún que otro abalorio —una pulsera o unos pendientes de turquesa— rematado por su sempiterna raya en el centro del cabello y dos trenzas perfectas cayéndole a los lados. La audaz mujer no dejaba que su mirada trasluciera el miedo que sentía por dentro, para que los dos niños no se apercibieran de la verdadera gravedad de la situación.

Thupten tenía seis años de edad y Chögyam, cinco. El hermano mayor se sentía inquieto: habituado a largas carreras y a no parar un segundo, la tediosa reclusión en el carro le fastidiaba y le aburría sobremanera. Thupten anticipaba las hechuras de un joven alto y desgarbado, siempre que la naturaleza no torciese por el camino lo que había tenido a bien conceder. Ya le sacaba una cabeza a su hermano y todo apuntaba a que superaría con creces la altura del tibetano medio. La hiperactividad de que hacía gala provocaba que hablara por los codos, y no eran pocas las veces en que sacaba de quicio a su padre a causa de sus interminables peroratas e incesantes preguntas. Su inocente sonri-

sa y las armoniosas facciones de su cara apenas lograban disimular sus antiestéticas orejas de soplillo.

En cambio, Chögyam era el polo opuesto a su hermano. Un niño increíblemente tranquilo, sensato y tan poco hablador como su padre, con un flequillo lacio que le caía sobre la frente y unos ojos enormes como dos faros que le alumbraban el rostro. Llamaba la atención que con tan solo cinco años exhibiese la misma calma que un anciano o la paciencia de cualquier persona adulta. Chögyam prefería observar la apertura de una flor, en solitario, antes que salir a jugar con otros niños a perseguirse entre los arbustos. También mostraba signos de una gran inteligencia, y a esas alturas ya era evidente que superaba a la de su hermano mayor. Dolma, incluso, albergaba en su fuero interno la convicción de que la vida le deparaba a su hijo pequeño un futuro diferente y mucho más prometedor del que por nacimiento le había correspondido.

Pese a que los dos hermanos no podían ser más diferentes, la realidad de los hechos demostraba que sabían entenderse y que existía entre ellos una gran complicidad.

—¿Cuándo volveremos a casa? —inquirió Thupten frunciendo el ceño.

Jampo volvió la cabeza y cruzó con Dolma una amarga mirada capaz de marchitar a una planta. Dolma guardó silencio y trató de esbozar una sonrisa mientras pensaba qué palabras elegir.

—No vamos a volver nunca —replicó Chögyam.

Jampo y Dolma se miraron de nuevo. Asustaba oír hablar a un niño de su edad con tanta entereza.

—¿Es verdad eso? —insistió Thupten, deseando más que nunca que su hermano menor estuviese equivocado.

—Ahora viviremos en un nuevo lugar —explicó Dolma—. Nos vamos a la ciudad. Esperamos ser tan felices allí como lo éramos en la aldea. O puede que incluso un poco más.

En el horizonte, los picos nevados tachonaban un cielo salpicado de nubes estacionarias en el que riscos y crestas de menor altura rasgaban un sudario de niebla gris.

Dolma se inclinó sobre una bolsa de tela para extraer algo de comida que les saciara el apetito y espantara las incertidumbres del viaje. Repartió algo de *tsampa* entre sus dos hijos y ella misma, si bien Jampo decidió declinar la oferta. El *tsampa* era el alimento básico del Tíbet, en esencia cebada tostada con la que se hacía una masa que se comía con los dedos y que aportaba una importante cantidad de grasas y proteínas. Comieron en silencio, acostumbrados ya al continuo traqueteo del carromato que se zarandeaba a uno y otro lado al compás de los baches del camino.

La unión entre Jampo y Dolma se produjo en el tramo final de su adolescencia. Fue un matrimonio concertado por sus propios padres, aunque a los dos les gustaba contar que con el transcurso del tiempo el amor había germinado entre ellos como la semilla que arraiga en la tierra. Dolma procedía de una aldea lejana; su dote no fue gran cosa, pero los progenitores de Jampo aceptaron y los de Dolma pudieron deshacerse de una boca más que alimentar. La aldea de Jampo se hallaba situada sobre las estribaciones de una montaña. El clima allí era cruel y el suelo tan árido que tan solo proporcionaba una cosecha de cereal al año, pero el trabajo duro siempre daba sus frutos y al final siempre se las apañaban para subsistir. Durante ambos embarazos, Dolma prosiguió realizando sus labores en el campo hasta el mismo día del parto, incorporándose a la rutina de nuevo dos días después, tras un fugaz descanso. El matrimonio se sentía afortunado por haber concebido dos hijos varones, que resultaban mucho más eficaces que las féminas para las tareas de labranza y que hasta el momento habían logrado sobrevivir a una mortalidad infantil extremadamente elevada.